

Buenos Aires, domingo 30 de abril de 1997

23ª Exposición Feria Internacional de Buenos Aires

Una vez más, la Feria del Libro ha abierto sus puertas en el Centro de Exposiciones. Inaugurada oficialmente el jueves último, podrá ser visitada hasta el 5 de mayo. Este año, el lema de la muestra es "El libro en la vida cotidiana". La autora de *Escenas de la vida posmoderna* ha escrito un ensayo en el que se refiere a las vicisitudes de este maravilloso instrumento de conocimiento, cuya perfección, precisamente por la existencia de las computadoras y de los CD ROM, se ha vuelto más evidente, y cuyo futuro es aún más promisorio



De la hoguera a la celebración

Por Beatriz Sarlo
Para LA NACION - Buenos Aires, 1997

HABLAR de libros en la Argentina me lleva a recordar dos caras de una historia. Por un lado, el dinamismo que impulsó a la industria editorial local en este siglo, con iniciativas que ahora parecen francamente utópicas. Soy sólo algunos ejemplos: la masa de traducciones de literatura, filosofía e historia que se hacen y se publican aquí desde la década del treinta. Había algo de profundismo original y de arriesgado en ese movimiento que encabezaron la editorial de la revista Sur con Victoria Ocampo, Emecé, Losada, Sudamericana, Siglo XX, y que, con devios y conflictos, alcanza las provocativas

versiones de la Serie Negra, dirigida por Ricardo Piglia, y las legendarias traducciones de Pasado y Presente, organizadas por José Aricó, desde los años sesenta. Quizás sea bueno recordar que hubo primeras traducciones de *Orlando* (por Borges), de *Malone muere* (por José Bianco), de *Lolita* (por Enrique Pezzoni), de *Crítica de la razón dialéctica* (por Manuel Lamana), de varios ensayos de Barthes (por Nicolás Rosa) y de *El capital* (por Juan B. Justo primero y, décadas más tarde, la definitiva edición, planeada por Aricó, cuya traducción hizo Pedro Scaron). Aquella época de los grandes libros publicados en grandes traducciones rioplatenses está quizás cerrada para

siempre. Hoy casi todos los libros, grandes y pequeños, nos llegan de España, traducidos al español de España.

La otra cara (la cara oscura) de la historia muestra que en este país se destruyeron centenares sino decenas de miles de libros. La gente quemó o enterró sus libros en los primeros meses de la dictadura militar. Se secuestraron libros y se allanaron locales de editoriales, se encerró o asedió a libreros y editores. En 1976, una gran librería portuense escondió todos sus libros de "izquierda" en el fondo de un depósito subterráneo y los tapó, como en un cuento de Edgar Poe, esperando con optimismo que entonces nada funda-

ba) épocas mejores. Hay también una foto curiosa: policías con lanzallamas enfrascados en la tarea de quemar miles de fascículos del Centro Editor de América Latina, faros de papeles húmedos y compactos, resistentes al fuego, dispuestos en un escenario de ciencia ficción precariamente ambientado en un baldío suburbano.

No hay celebración del libro sin incorporar este pasado, cuando, para muchos, cualquier libro se convertía en un objeto maldito que podía precipitar una condena sumaria. Tampoco es aconsejable celebrar la presencia de las nuevas ediciones y los nuevos libros pasando por alto aquel otro momento, cuando la literatura occidental

era leída, en América latina y también en España, en traducciones hechas en Buenos Aires. Como suele sucederlos con demasiada frecuencia, el libro nos produce sentimientos encontrados.

Pese a todo, hemos llegado a estos años noventa con las bibliotecas personales reconstruidas, recuperando así el pasado que se quiso destruir para siempre. Como sea, llegamos y el solo hecho de llegar nos convierte, se quiera o no, en actores de una transformación que ya ha comenzado.

Textos e hipertextos

Leer un libro, comprar un libro, conseguir un libro, hojear un li-

Continúa en la página 2

Si quiere saber todo lo que va a hacer Planeta en la Feria del Libro, dé vuelta la página